

Conoci a Groussac hace más de cuarenta años en el diario *Sud América* de que era director, y cuya redacción principal la constituían Carlos Pellegrini, Roque Sáenz Peña, Delfín Gallo y Lucio Vicente López, figuras descollantes de la época.

Era yo entonces un niño imberbe, borroneador de carillas y panegirista exaltado de *prime donne*, tenores y vates incipientes.

Hacia mis primeras armas en el periodismo metropolitano al margen de la crónica teatral, en busca de cómodas butacas y fáciles conquistas.

Al decir del doctor David Peña, mi pluma se deslizaba sobre el papel, tan lentamente, cual si «la moviera una hormiga intelectual». A pesar de ello, sentía febril entusiasmo por los tipos de imprenta, — y corrida la década preparatoria, verdadera roca Tarpeya, — merecí del temido polígrafo uno de sus medallones lapidarios. Entre conceptos amables, el inevitable zarpazo; y no sé si en son de elogio o censura, la afirmación categórica de que «acaso era yo el único argentino, que después de los treinta años, cifrara en las puras letras mi mayor delicia y única ambición».

Groussac venía del norte de la República. Arriero y sembrador en los campos de Santiago, profesor y conferencista en las Universidades de provincia, bajaba a la capital envuelto en la aureola auspiciosa que le había creado la *Memoria Descriptiva de Tucumán*.

Traía en cartera diversos trabajos críticos e históricos, — fragmentos de estudios futuros, que hizo conocer al cónclave hermético, y que lo consagraron desde su iniciación, maestro indiscutido.

Allí dió a luz el boceto sobre *Edmundo About y la Academia*, la monografía sobre *Atlántida y Prometeo* de Andrade, el comentario a los *Escritos* de Avellaneda y a las *Bases* de Alberdi; y la exégesis completa de Galdós, novelista y dramaturgo; «ensayo» que extendió su nombre por los dominios de Iberia.

Amenizaba las áridas columnas políticas con ágiles reseñas sobre las veladas del Colón y Politeama, puntualizando impresiones personales acerca de la *Fedra* de Racine, la tragedia antigua y el teatro dramático de Shakespeare; poniendo reparos a la voz de oro de Sarah Bernhardt y a los trinos celestiales de la Patti; o celebrando con frase lapidaria la patética despedida de Fausto a Helena: «forma ideal purísima de la belleza eterna», de *Mefistófeles*, cantada por Massini con incomparable maestría.

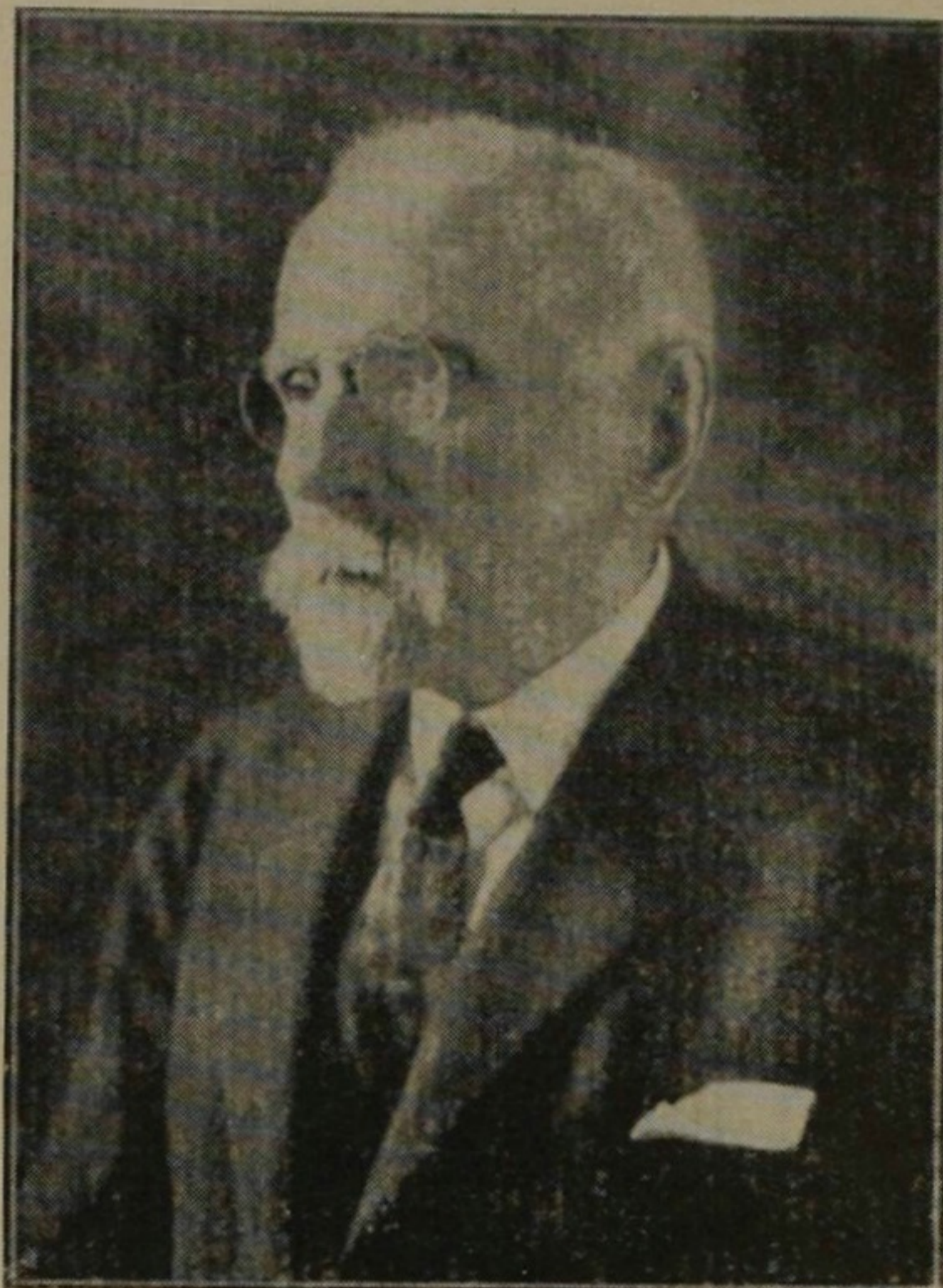
A *Fruto Vedado*, novela argentina que encierra las mejores y más vigorosas descripciones de nuestra naturaleza tropical, siguió la polémica ardiente con Calixto Oyue-

Paul Groussac

—De Nosotros. Buenos Aires—

Carne de Taine tiene Groussac; pero hay en su alma un ruiséñor que canta de cuando en cuando cosas que no se oyen en la montaña de Taine.

Rubén Darío



Paul Groussac,

como era a los 80 años, uno antes de su muerte, ocurrida en Buenos Aires, Rep. Argentina, el 27 de junio de 1929.

El secreto dolor de Groussac

Buenos Aires, 14 de agosto de 1929.

Sr. D. Alfredo A. Bianchi.

Mi estimado amigo: Ignoro si en el número que Nosotros dedica a la memoria de Paul Groussac quedará sitio para las manifestaciones que no tengan carácter de estudio literario. Porque yo nunca me atrevería a improvisar un juicio sobre un escritor de tan severa disciplina, y me falta tiempo para abarcar siquiera un aspecto de los muchos que tuvo su obra tan trascendental.

Hace algún tiempo, tuve la honra de saludar a Paul Groussac, en París, en el acto público que le ofreció la Sorbona. Entonces señalaba yo ese carácter de «hombre de frontera», ciudadano del mundo a caballo sobre la geografía, que hay en Paul Groussac; y me refería yo a la atracción que América ejerce sobre los soñadores de Europa, hombres en quienes el fermento de vida no se está quieto. Ahora, mejor informado—o documentado más de cerca—tendría yo que contar la historia de un gran dolor; un gran dolor de que arranca el viaje de Groussac; un gran dolor que hubiera abatido a cualquiera, y que a él le sirvió de resorte para lanzarse a la gran aventura intelectual que fué su vida. Los freudianos de hoy dirían que este «traumatismo» de la adolescencia explica, en Groussac, aquella acritud de censor insobornable que, ciertamente es una de las más peculiares gracias de su pluma. Pero todavía nos quedaría ancho campo para la meditación si nos diéramos a rastrear por los libros de Groussac las huellas dispersas que fué dejando en ellos el «complejo de nostalgia». Yo creo que nada, ni el haber desposado con la tierra argentina todo su pensamiento, fué poderoso a borrar en él cierta melancolía, cierta desazón de andar lejos de la dulce Francia.

La consideración de lo que, en el orden de la sola cultura, debemos a Groussac, nos llevaría muy lejos. La Nación, ha encontrado la palabra oportuna: Groussac es un tipo de civilizador, y su sitio está entre los Maestros de América.

Lo saluda su amigo,

Alfonso Reyes.

la: *El drama español y Echegaray*; serie de folletines causticos, epilogados en el artículo *Derrumbe de una Biblioteca*, catapulpa feroz que aguzó el ingenio de su contrincante, hispanófilo famoso, quien vióse obligado a recurrir a la gruesa artillería del idioma, para contrarrestar las flechas certeras de aquel contemporáneo de France, que manejaba el sarcasmo como Voltaire y la ironía como Rabelais.

Vienen a mi memoria, —cual discos sonantes o fotografías animadas,—actores y escenas de aquellos tiempos, tan distantes y tan distintos de los de ahora, en que priman los catadráticos del turf, los campeones del box, y los reyes del foot-ball, —dichosos tiempos en que peregrinos ingenios sostenían discusiones acaloradas sobre las *Décimas* de Obligado y los tercetos del *Infierno Dantesco*, a propósito de la traducción de Mitre, que resultaban más sibilinos que en el original, al decir de Magnasco; disecaban con agudo escalpelo, los problemas psicológicos de Bourget y los excesos pornográficos de Zola y la escuela naturalista; o exaltaban con altisonantes loas las tendencias estéticas de Dante Gabriel Rossetti y los pre-rafaelitas ingleses.

Coincidieron esas gestas con la llegada de De Amicis a Buenos Aires, que inspiró a Groussac su magistral bienvenida.

Poseía el maestro el dón supremo de exprimir un libro en un párrafo, de condensar un pensamiento en una línea, de fundir en dos palabras un apotegma. Y siempre, en aquella prosa tersa, inconfundible, a ratos amanerada y poliforme, ondulante y sutil, con transparencias de cristal o plena de sonoridades brillantísimas, que constituían para nosotros, jóvenes neófitos, un goce inefable.

Ese anhelo de perfección, — que retempla aptitudes y despierta bríos, — manifestábase, a veces, en Groussac, en repudio por los engendros y deformidades de la ineptitud.

La temeraria intrepidez de «genios incomprendidos», dió pábulo para que cerebros poco disciplinados y caracteres superficiales, descubrieran rencor y perversidad en sus críticas negativas, donde no había sino acicate para arduas empresas y azarosas conquistas.

Aquella cabeza pensante, archivo de sabiduría, en perfecto equilibrio, mantúvose siempre refractaria, por temperamento y vocación, a la rampolona vulgaridad y a los artificios y quincallerías de retóricos huecos.

El semblante adusto, el rictus de los labios, la mirada profunda, traducían bien a las claras el olímpico desdén ante cualquier advenedizo de las letras: *snob* importado o grafómano de arrabal. Sabía aquilatar valores, discernir méritos, reconocer jerarquías. Y exigía de

(Pasa a la Página 175.)